

VÍCTOR SANDOVAL

*Selección y nota de*  
LUIS MARIO SCHNEIDER

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

COORDINACIÓN DE DIFUSIÓN CULTURAL  
DIRECCIÓN DE LITERATURA

MÉXICO, 2011

## ÍNDICE

NOTA INTRODUCTORIA	3
<i>EL VIENTO NORTE</i>	
PARA TOCAR TUS HOMBROS	6
MUERTE DE LOS HOMBROS	6
<i>HOMBRE DE SOLEDAD</i>	8
<i>POEMA DEL VETERANO DE GUERRA</i>	
ENVÍO	9
CUARTO DE HOTEL	10
<i>EL RETORNO</i>	14
<i>CHE. EL VIENTO COMBATIVO</i>	
GLOSA DE LA ÚLTIMA CARTA QUE EL COMANDANTE GUEVARA ESCRIBIÓ A SUS PADRES	15
<i>PARA EMPEZAR EL DÍA</i>	
ANTES DEL DILUVIO	16
LOS JARDINES DE NIEBLA	20
POEMAS DE LA HABANA	21
LA VIDA BREVE	23
<i>FRAGUAS</i>	
EL FUGITIVO Y SUS PRESAGIOS	24
LA IMAGEN Y EL RECUERDO	26
LA SEÑAL EN EL MURO	30

## NOTA INTRODUCTORIA

Víctor Sandoval (Aguascalientes, 31 de octubre de 1930) cayó al incendio de la palabra a los 30 años. *El viento de Norte* (1959) inaugura una voz sin titubeos, atrevida. Osadía vanguardista con imágenes y metáforas equilibradas en una sed, en una armonía pertinaz de búsquedas. Es un docenario de poemas que recuerdan la sintaxis y las formas de aquel movimiento estridentista que provocó una ruptura en la literatura nacional. De paso, Víctor Sandoval compartió tertulias y amistad con Salvador Gallardo Dávalos, uno de los exponentes máximos del estridentismo. También *El Viento Norte* descubre esa tónica terca del futuro canto de Víctor Sandoval: fecundar en la tierra; su vinculación con la poesía cívica y la circunstancialidad amorosa llena de respiros, de esencia erótica.

Un año más tarde, *Hombre de soledad* (1960). Cinco sonetos donde el poeta, irritante y amatorio, se identifica con el ambiente campesino. Con ausencia de Dios, la llanura inmensa abraza y abrasa al hombre, lo envuelve en una tierna matriz para más tarde arrojarlo, libre y despechado, al mundo colectivo. Hábitos de espiga germinada, grano que se hará pan; penca nopalera y viento de horizontes, conductor de esfuerzos y experiencias.

*Poema del veterano de guerra* aparece en 1965. Años más tarde con pequeñas transformaciones se fusionará en *Para empezar el día*. Aquí, la guerra de Vietnam es el personaje, diría más, la protesta desoladora ante una contienda inútil, desgarrante. Nada de combates, nada de fragor de metrallicas sino la desolación, los sueños en desusos, una esperanza de frustraciones. También una crítica a la burocracia gris que los hombres van llevando a cabo para ensombrecer felicidades.

En 1967, *El Retorno*. El poeta ausente de su ciudad natal que se atiza en el regreso. Una serena agitación que los caminos extraños exigieron un día pero que el olvido jamás existió porque los ojos cerrados permit-

ían la presencia continua del hogar, de los patios, de los árboles, del viento y de las rocas, de la ciudad familiar. Es un retorno a la presencia, a la afirmación.

En la plaqueta *Che*, editada en 1969 y firmada también por Desiderio Macías Silva y por Héctor Hugo Olivares, Víctor Sandoval da su presencia con *El viento combativo*. Son cuatro composiciones de intensidades interiores, de admiración al guerrillero argentino. Hay estruendos, pero por sobre todo, una visión del combatiente a nivel personal. No tanto al héroe, sino una postración arrogante ante la misión. Presencia de hermandad; finalmente de un hermano desconocido, pero latente en el ímpetu y en la transformación.

*Para empezar el día* (1974) es una reunión de pequeños libros. Después de “El veterano de guerra”, “Antes del diluvio”, segunda etapa donde se retoma la naturaleza, el paisaje entremezclado de panteísmo. Es una crítica al desorden, mejor al orden desordenado; es un insulto donde el insomnio descubre la ciudad basural del hombre. Análisis de soledades y de tristezas, de descreencias porque al parecer el caos no existe como actitud redentora. Es una solicitud antes de la tormenta, mucho antes de que se provoquen rupturas y desquiciamientos.

La tercera etapa “Los jardines de niebla” son cantos a la dualidad que da la vida y la muerte. Desfilan, entonces, experiencias personales con mitos antiguos, con personajes de vidas anteriores y vidas presentes que conforman realidades y deseos.

“Poemas de la Habana”, el nombre lo aclara, son resplandores de un viaje real, palpable. La ciudad y sus alrededores llenos de color y de ruinas atemperadas por una adhesión revolucionaria. A este nivel Víctor Sandoval juega con ironías, en circunstancias que se oponen, en justificaciones hacia un ideal que permite la quiebra de esquemas, la armonía de una ética conformista.

La última sección, “La vida breve”, se sitúa dentro del tiempo diario, en la ansiedad del tiempo pasajero. Poemas dramáticos, sufrientes, donde el poeta solidifi-

ca la palabra en un estado de angustia, fruto de una inteligencia despierta, vigilante.

El ascenso triunfal de la poesía de Víctor Sandoval es *Fraguas* (1980). Extenso poema dividido en tres odas: “El fugitivo y sus presagios”, “La imagen y el recuerdo” y “La señal en el muro”. Pero es sobremanera la reunión de diversos elementos que paulatinamente se exponen en sus libros anteriores. La ciudad del nacimiento aflora total, hegemónica, centro y bisectriz de la familia con el padre tribal que a manera de un coloso domina la tradición a la vez que la prolonga. También sus hijos la prolongan; notable es la ausencia de la mujer, de la madre. Es el padre envuelto en el trabajo diario, también envuelto en una ciudad plagada de maquinarias y silbidos. *Fraguas* es asimismo una voz recogida en orfandades, en tristezas, en nostalgias, donde el hombre a la vez se protege con la acción para seguir creyendo, para no desfigurarse de la propia vida.

Víctor Sandoval es un poeta del sortilegio de lo cotidiano que nos apresa y nos libera. En resumen, la palabra en fragua alimentada en llamas donde se forja el barro humano, contradictorio pero enaltecido.

LUIS MARIO SCHNEIDER

## EL VIENTO NORTE

### PARA TOCAR TUS HOMBROS

Para tocar tus hombros  
había que pisar sobre el silencio.

El día resbalaba  
su luz por tu cintura.

Las horas de la tarde  
crecían en el poniente.

Los múltiples pañuelos del otoño  
pregonaban su llanto  
y en el aire  
maduraba tu cuerpo.

Iban los remolinos por las calles,  
las tolvaneras ágiles corrían  
y los jardines públicos  
eran salones desolados  
donde bailaban los amantes.

Para tocar tus hombros  
había que pisar sobre el silencio  
para que no empañara nada tu silueta.

### MUERTE DE LOS HOMBRES

La tarde bárbara  
sube a golpes de mar hasta las islas  
donde estalla el calor.  
Sube la luz en árbol convertida.

Crecen los hombres  
en vértigos azules,  
en altos laberintos  
de sangre bajo el cielo.

Una doncella cierra el día,  
una doncella  
monta el caballo de agua  
donde se mira el día.

En la columna rota  
un dios espera  
el cuerpo de la noche  
perforado de estrellas  
como larvas.

Han muerto los hombres  
en la crestería del agua.  
El mundo se ha poblado de naufragios.  
Hay que rezar por todos.  
Una oración de tierra y viento  
para los hombres muertos.

Desde los púlpitos  
del tigre y la anaconda  
una oración de selva  
para la flor sin barro de los hombres.

## HOMBRE DE SOLEDAD

\*

He nacido en la cólera del trigo.  
Solo, sobre la tierra, me sustento  
de la protesta rápida del viento,  
con el surco por lecho y por abrigo.

Solo, con el arado por amigo,  
exacto en la medida y movimiento,  
labrador de mi propio pensamiento,  
no le temo a la garra ni al castigo.

Hombre de soledad, en la llanura  
resurjo de sus hondas cicatrices.  
Violento en mi frutal arquitectura

y musical del tronco a las raíces,  
me sustenta mi firme arboladura  
y me enciendo en recónditas matrices.

\*

Aquí descansa mi inquietud de hoguera.  
Aquí siembro mi ráfaga y mi llama;  
en estos horizontes donde inflama  
su vientre de cristal la tolvanera.

Aquí, como maguey de eterna espera,  
en la reseca piel del panorama,  
me circunda de sol y me reclama  
el silencio maduro de la era.

Con su grito de toro degollado  
la espiral de la sangre me acaricia  
y crece como río desbordado.

Aquí, para que el polvo y su milicia  
no destruyan el pan recién cortado,  
aquí planto mi vara de justicia.



## POEMA DEL VETERANO DE GUERRA

### ENVÍO

Vamos a trabajar  
el pan de este poema.  
Hay que traer un poco de alegría;  
qué cada quien tome su cesta.  
La noche gira sobre la esperanza  
y desgasta sus párpados la estrella.  
Surgen las graves letanías del trigo  
por los labios abiertos de la tierra.  
La espiga se desnuda sobre el aire  
y el agua suelta sus cadenas.  
Con un poco de esfuerzo y de ternura  
vamos a trabajar  
el pan de este poema.

\*

Vengo de las antesalas,  
de los invernaderos  
donde florecen los bostezos.

Vengo de la monotonía,  
de las prisiones de grandes ventanales  
donde se estrella la nostalgia  
y el hombre es un gran pájaro de luz  
herido por los timbres sordos.

Vengo del tableteo de las máquinas,  
de la sensualidad agazapada  
en las rodillas de las secretarias  
y entre los cubos de los escritorios.  
Vengo de la mirada  
de perro fiel de los ujieres.

Hay que aflojar aquí músculo y nalgas  
para que los sillones no nos duelan.

Amarrar la esperanza a las pretinas,  
anclar nuestras pupilas a las puertas  
y esperar a que el tedio nos golpee  
y el aire nos racione sus bandazos  
hasta que nos conviertan  
en peces arrojados a la arena.

Hay que sentir que todo esto es un páramo  
en donde las mujeres  
hacen reptar la flor azul del sexo  
y los hombres contemplan distraídos  
el cocodrilo mutilado  
que lustra los zapatos,  
mientras pronuncian  
con rabia nuestros nombres  
los solemnes pingüinos que se mueven  
al ritmo de los altos timbres.

En estas agonías de la esperanza,  
en estos varaderos de sueños y proyectos,  
en estas jaulas de los ministerios,  
se pierde la razón,  
la dignidad  
se dobla como portafolio  
y uno se da cuenta  
que el dolor, la tristeza  
o el pan de nuestros hijos,  
se archivan en el expediente  
número tres mil quinientos diez.

#### CUARTO DE HOTEL

Aquí quedan los restos de un naufragio.  
Las sábanas como olas suspendidas.  
El ropero es un alto promontorio,  
los espejos varados en la bruma,  
y el viento  
con sus varas golpeando los cristales.

\*

Tómame el corazón  
que se rebela en mi costado;  
bésame el lado izquierdo que me duele  
y déjame que te cubra  
con mi uniforme de soldado.

Antes que me calara la mochila  
con su peso de niño,  
como aquel vietnamés desesperado  
con su crío a la espalda;  
antes que por mi pecho  
redoblara un tambor acuartelado,  
yo tenía unos ojos  
que en el frente he olvidado.

Deja que con mi mano  
cubra tu sexo alborotado.

Si he mordido  
la granada de mano  
y en la noche que albea  
coronada de aviones  
he quemado la aldea,  
bórrame con tus labios  
este horror de astillas  
que me rodea.

Voy a tenderme  
sobre tu cuerpo  
que sabe a tierra  
y sentir que me llevas  
como herido de guerra.

\*

El pan de nuestra mesa,  
la cuchara y el plato,  
las migajas que manchan el mantel,  
invierno de almidón para las moscas,

la lámpara y sus luces,  
vuelo de avión entre los vasos,  
el vino de la cena  
que se atigra en el cuerpo.

Esta noche anda suelto  
el caballo de vidrio del insomnio.

Mi familia descansa,  
mis hijos se han dormido;  
los hombres  
cantan en la casa contigua  
donde existe una fragua  
y cintilan sus voces,  
desde un árbol de estaño.

Muy lejos de nosotros  
en Vietnam, cien mil flores de cristal  
anuncian ya la primavera.

\*

Viene hasta Vietnam la primavera.  
Vanadio entre la niebla  
para las flautas y las joyas;  
vanadio  
para labrar la tierra.

Una mujer  
con ácido en los ojos  
con astillas de sol en los cabellos,  
busca entre los escombros:  
¿Quién restituirá  
la bestia recental  
que agoniza en el patio?  
¿Quién restituirá  
su casa y su bandera  
de siemprevivas en el muro?  
¿Quién restituirá  
la golondrina del amor  
que desbandó la guerra?

Bajo la tierra  
canta el corazón de un niño.  
Que responda en Vietnam la primavera.

## EL RETORNO

Todo lo recorrí,  
todo lo anduve.  
Desde los ríos que acunaron héroes  
y recibieron sus deshechos cuerpos,  
hasta las tierras áridas  
en donde el aire  
extiende el cuello de cristal  
en un largo desfile de caballos.

Todo lo recorrí,  
pero en los ojos  
quedó la hora transparente y húmeda  
en que dejé nuestra ciudad  
a la que vuelvo  
para gustar su sangre  
de enternecidos frutos,  
su madurada sombra  
que se proyecta  
en el seno del valle  
y ver crecer la noche  
en los brazos del viento.

## CHE. EL VIENTO COMBATIVO

### GLOSA DE LA ÚLTIMA CARTA QUE EL COMANDANTE GUEVARA ESCRIBIÓ A SUS PADRES

Condotiero del siglo: me has llenado  
el corazón de amor para quererte.  
Y estos ojos que no pudieron verte  
hoy quieren repasar lo no olvidado.

Como ciervo en el monte, acorralado,  
te cercaron los perros a morderte.  
Ni adarga ni rocín para tu muerte  
ni lanza de justicia en el costado.

Intensidad y pesadez de ola,  
el asma desgarró tu camisola.  
Te dejaron agónico y doliente

y el dolor fue como una llamarada  
que se vuelve sonrisa esperanzada  
y en tus labios renace eternamente.

## PARA EMPEZAR EL DÍA

### ANTES DEL DILUVIO

En la taberna de mi hermano  
se jugaba a los dados  
y se tomaba un vino alegre.

    Mi hermano era hombre de montaña,  
nacido tierra adentro  
y sólo una ilusión lo obsesionaba:  
ver la luna de América en los puertos.

Cuando tuvo su encuentro con el mar,  
cuando llegó a la playa,  
desnudo igual que un río  
desde la selva;  
cubierto de canciones  
como los emigrantes;  
se detuvo a esperar  
a la luna de América.

Pero mi hermano no vio nunca,  
desde los puentes de los barcos,  
esa luna redonda y deslumbrante,  
porque añoraba su taberna  
y regresó antes de zarpar.

    Amaba  
el vino alegre de los traficantes  
en reses y semillas  
que juegan a los dados  
y hacen el amor en sus camiones  
a orilla de las carreteras.

    Extrañaba a los bravos bebedores  
que lloran en el hombro como niños.  
Amaba el trajinar del mediodía,  
cuando las gentes salen de las fábricas



y llegan resoplando  
ante los vasos de cerveza.

Pero en recuerdo de aquel viaje,  
en la taberna de mi hermano  
hubo barcos pequeños  
en botellas de ron  
y paisajes marinos alumbrados  
por la luna de América.

\*

Se suelta el viento;  
se agolondrina en los vestidos.  
Sube por las torres golpeando  
sus escudos.  
Se suelta el viento  
en efusión de orquídeas.  
La luz brama en los árboles;  
se eriza  
la rosa de protesta  
que hace un momento en la reunión de sombras  
desbarató sus pétalos.  
Delgado hasta la ira  
el viento  
desenreda presagios  
como quien desvenda llagas  
al pie del muro ensalitrado.

\*

Me pongo mi dentadura  
y mi anillo episcopal.  
Marcho a bendecir y a perdonar pecados.  
Humus, ratas y oropéndolas,  
rayos del sol entre los ventanales,  
piedra traspasada al mediodía  
hasta transparentarla en cuarzo vivo.  
Ésta es la casa del Señor  
y yo su bienamado por los siglos de los siglos.  
Viejo ceremonial, viejo cadáver,

a fuerza de perdonar faltas y pecados,  
a fuerza de cargar culpas ajenas,  
soy un pudridero,  
una banderola rota.  
La ciudad ha hecho de mí su estercolero.  
Estoy viejo, viejo de tantas oraciones.  
Ya tienen preparado mi túmulo morado,  
mi hornacina, mi lápida de mármol:  
—A nuestro Obispo bienamado  
que nos prometió la gloria eterna.  
Sus fieles agradecidos.

\*

Duerma la virgen su pasión secreta.  
Sueñe con su preñez la joven desposada.  
Tal para cual, en el espejo,  
el cornudo se adorne de laureles.

Tres veces ha cantado el gallo  
para el amigo tráfuga.  
Dueños de la verdad, los conjurados  
repiten en las bardas su anatema.

Oiga pasos de amor sobre el tejado  
la viuda insatisfecha  
que se extingue en su propia calentura,  
en su veneno arácnido y nostálgico.

El agua se edifica,  
se eleva del aljibe  
y desciende doméstica.

Ya encuentran acomodo  
los antiguos dolores,  
se clavan, se difunden, aletean  
en la jaula de huesos.

Para los desterrados  
de rangos y fortuna  
no haya sino descanso a medias;

sal en los ojos que en la madrugada  
dejan el sueño;  
no haya sino placer apresurado,  
alcohólico jadeo,  
hojas de té para empezar el día.

\*

El Santo, Santo,  
Santo Señor Dios de los ejércitos  
ha dispuesto su muerte.  
El cuerpo,  
en donde las vigiliass,  
cilicios y abstinencias  
pasaron como lluvia por tierra erosionada,  
descansa ya de tantos sacrificios.

Las alas de los padrenuestros  
se agitan en el aire.  
Las ratas corren por el piso  
con sus besos bubónicos.

—Ahí te pudres, garañón—  
le dijo el vástago bastardo  
y lo dejó con la agonía en los ojos.  
No es posible ya que el agua vuelva al pozo,  
una golondrina es el verano  
y el hábito sí lleva al monje.  
La extremaunción, es el azogue,  
que escapa entre los dedos.

Ni una gota de llanto  
que le alumbre los últimos instantes.  
Tanta ruina y rencor  
avanzan con la muerte.  
Junto con las riquezas que el agio acrecentó,  
la sola soledad acumulada.

## LOS JARDINES DE NIEBLA

A la luz canicular la ensombrece la nube  
como a tus ávidas pupilas el párpado violeta.  
Infatigable rosa de emociones, rosa lúbrica,  
el breviario y el manto  
tiemblan en tus manos y pasan por tu rostro  
en un descenso de mariposas grises y viento encenizado.  
Brillaron en tu cuerpo los mejores espejos de los hombres,  
los días en que remabas a contraviento y sol  
como una proa negra cargada de deseos.  
Se secaron tus labios,  
pozo samaritano  
donde la lengua era una llama de virtudes.

\*

— ¿Recuerdas aquel verano de arrecifes  
con su ola verde y el sol al pie del horizonte?  
Mi rostro sin afeitar sobre tus senos,  
los ojos desprevenidos de la lluvia,  
la tormenta naciendo en la garganta grisazul del mar.  
¿Recuerdas aquel verano en Caldas,  
en la isla que todo lo tiene para ser perfecta?

—Cazador de mentiras, imaginero,  
tú no has visto nada: encerrado  
de tu ciudad sin playas, bostezante, polvoriento;  
en tu casa, en tu cuarto,  
en tu siesta de las tres de la tarde.

\*

Muérdagos furiosos retintaron los árboles.  
Hubo una llamarada en cada objeto.  
La misma inquieta llama compartida  
por los amantes frente a sí  
ante la suave y lenta tela que desciende  
hasta que al fin, noche de luna,  
desnuda como un dedo ensortijado,

renaces desde siempre:  
En tiestos líquidos derramas  
tu paso de turquesa por galerías de malva.  
¡Oh, noche!, cómo vienes, cómo llegas. . .  
Enhebrados los párpados al frío,  
acariciando espaldas, brazos, cuerpos,  
posiciones de amor,  
todo el amor,  
bajo un lejano, jacintal de estrellas.

#### POEMAS DE LA HABANA

Aspirar el agrio y viejo aroma de estas calles.  
Tocar su piel de cocodrilo,  
sus canteras rugosas.  
Sentir cómo el verano  
con su radiante dentadura  
llega desde el mar  
con el fragor a cuevas de los barcos.  
De las profundidades de La Habana  
nace un estertor de alondra antigua.

\*

Una calle muy larga  
es una historia vieja que hay que contar a todos.  
Basureros de azaleas,  
humedad y silencio en los patios en ruinas,  
pasos perdidos que van al malecón.  
En la noche anterior  
una serpiente de agua durmió a la descubierta.  
—No te me pongas triste  
que este rostro en cenizas no es la Revolución.  
La Revolución es ahora un tigre organizado.

Una calle muy larga y una canción de olvido.  
Mármol domesticado, esclerosis y piedras.  
Lo que fue y ya no es, lo que ya no será.

\*

Tenera moribunda,  
vieja y nueva ciudad ya sin prostíbulos,  
perdida para siempre.  
*Amapola, lindísima amapola* de mis sueños.  
Antes que en tu matriz sembraran sal los estudiantes,  
antes que el fuego clandestino quemara tus entrañas,  
antes, fosforecía en la noche  
la serpiente infinita de las playas,  
la libre competencia del casino y el bar,  
tu rostro centellante en la bahía.

Nuestro último cantar  
fueron aquellas doce uvas amargas  
que se quedaron tiritando sobre el plato.

\*

En viñales la orquestación del aire  
aumenta su crescendo por las cañas.  
Un tamboril de sol brinca en los ojos.  
El valle es una cóncava armonía.  
De entre la verde intensidad  
avanza a ciegas el verano,  
avanzan nubes poderosas bajo la luz.  
Esta zafra tiene una guirnalda de torsos inclinados.  
Y, sin embargo, aquí no hay nada idílico;  
ni el rostro de la amada  
que alarga sus pestañas en una siesta de violines.  
Aquí no hay nada idílico.  
Sólo el sudor a cuestras con sus largas jornadas,  
sus arrobas de arroz,  
el cafetal de niebla espesa y aromada.  
La Isla entera es  
cuerno lunar de toro,  
afilado machete.

## LA VIDA BREVE

Mira esa inteligencia de reloj,  
atenta, servicial, mas no pregunta,  
no inquiera ni destruye forma o cálculo.  
Empotrada en el muro mide el tiempo,  
se oxida, se apolilla y no protesta.

\*

El tiempo es una lucha de mutismos  
válida para el suicida  
que asiste a su próximo larvario de silencios,  
denso cataclismo de estrellas subterráneas.  
En la noche de perros de marfil y ganglios lunares  
el suicida levanta su vaso de turquesas;  
selvas de iniquidades fosforecen los ojos.  
Un instante tan sólo dubita.  
El consabido recado:  
—No se culpe a nadie de mi muerte,  
sólo que tengo más de cuarenta años.

\*

En la plaza, bajo los laureles de la India,  
los ancianos me miran  
con sus ojos de heno y agua zarca.  
Cuando me acerco a tocar a uno de ellos  
se vuelve polvo entre las manos.

## FRAGUAS

### EL FUGITIVO Y SUS PRESAGIOS

Pasaba las tardes en una vieja plaza.  
Tardes y plaza,  
árboles quemados,  
un roble partido en dos,  
la piel arrugada, pero erguido y muy alto,  
un oscuro mundo en sus ramas.  
Tardes y plaza ardiéndome en la garganta.  
Conminatoria y rápida  
la revelación apenas me rozó.  
Había que escapar o quedarse para siempre.  
Como en Fraguas, la ciudad de la que soy un fugitivo  
ahí estabas, padre, llamándome,  
con tu piel calcinada, el tronco gigantesco,  
tu oscuro mundo de yunques, fragores y descensos.

\*

Amarás un telón amarillo.  
El viejo otoño sobre el bosque  
en la estación de los turistas.  
Dejarás Fraguas, la nombrada.  
Llevarás a tu padre bajo el brazo,  
como el de Ilion un día.  
Como el de Troya,  
fue grande y poderoso.  
Alborotó camas de hierro,  
usó trajes de alpaca y fístulas rosadas.  
Dejarás la ciudad en llamas del otoño.  
Otros serán, otros son ya los habitantes.  
Ni una piedra perdida recordará a tu padre.  
De la ciudad antigua sólo el reloj de sol,  
los contrafuertes rojos del poniente.  
Tendrá una máscara de hierro la ciudad, una malla  
de alambre,  
túnica de moscas y ceniza,



rígidas banderas de polyester sobre los edificios  
(negocios, habrá negocios para la gente nueva)  
un aire de inocencia pervertida en las canteras rosas,  
extranjerías innobles sobre los calicantos.  
Dejarás Fraguas, la nombrada, un día en gran jolgorio  
con tu padre el sarmentoso, el olvidado, bajo el brazo.

\*

—Cada día te pareces más a tu padre.  
La misma nariz,  
la misma nuca, el muro de cemento, la espalda de  
    la fábrica,  
tu padre, el clima,  
el mismo rostro de Fraguas.  
Los estanquillos, la cerveza los domingos;  
por esas fechas  
los niños y sus juegos en las calles, bolas de cristal,  
trompos claveteados,  
áureas monedas altas perdiéndose en los árboles.  
Fraguas en las tardes:  
—Un bruñido color en las doncellas,  
un espejo en el que todos anhelaban repetirse.  
—Cada día eres más la imagen de tu padre:  
el secreto fulgor que alondra el entrecejo,  
los puños sobre las caderas,  
las esquirlas de luz abriendo paso.  
Su voz entre cadenas  
sensible a la garganta; por sus vetaduras  
un azaroso agrio licor de espinas,  
erguida bayoneta de silbidos.

\*

La rebelión contra los candados y los montacargas  
contra el orden de los colores,  
contra el índice y el pulgar en contubernio,  
contra el índice que brilla.  
La rebelión oscura, amarga, rabiosamente lúcida  
del que alguna vez fue parte en la luz de las naranjas;  
el que tocó y gozó la sombra de las piedras

y fue en la fiesta popular, en las canciones,  
una línea dorada de sonidos,  
el sumo sacerdote del movimiento andante.  
El que un día miró bajar nubes y auras  
y se encerró en su interno diluvio de luciérnagas.  
La lenta rebelión  
del que se fue quedando solo,  
en su descenso a tientas,  
solo, con las voces arriba,  
cada vez más lejos,  
como el paciente insomne que oye conversar en  
    la pieza contigua  
o el diestro nadador  
que a tumbos se despide del eco y sus presagios.

#### LA IMAGEN Y EL RECUERDO

Restañar las heridas en Fraguas no fue fácil.  
Toda la noche mi padre estuvo cavilando.  
La luna gemía despacio entre el saucedal y el agua.  
Las banderitas de papel en las acequias cautelosas.  
El costillar herido de las puertas.  
Los centuriones a la ronda en círculos  
estrechando el cerco con su collar de lanzas.  
El alto poder del M-1 a tumbos en el puente.  
La noche llena de flores desdentadas.  
Es tan intenso el miedo  
que hasta los mismos guardias delante de la iglesia  
esconden sus temores.  
Mi padre cavilando, toda la noche cavilando.  
La casa de las fieras abierta y encendida.  
Sus aullidos dominan nuestro sueño.  
Y la lluvia en espera para lavar la sangre.

\*

Una veleta de lámina  
El gallo en su gallinero

Gargantón el gallo canta  
El águila y su calvicie  
—Yo te perdono padre  
Un tigre de doble filo  
Un día de ámbar enjaulado en la piel  
El viborezno en su zarzal  
Los dientes del tigre  
Sus cuatro engarraduras  
—Yo te perdono padre  
Y agazapado espero tanta sangre exquisita  
La veleta girando al viento de las dalias  
La noria tumba del agua  
El águila coja sin la doble cabeza  
La lagartija arqueada sobre el tractor Ford Major

\*

Mi tiempo, padre:  
Himnos de guerra y tableteo de metralletas.  
Lo estoy viviendo apenas pero lo estoy viviendo.  
Soy el aire del arquero y su brazo.  
Te veo escribiendo tus poemas  
como éste, padre, como éste.  
¿Para qué, para quiénes?  
¿Para quiénes abres tu cartapacio,  
tu horrenda máquina de escribir  
como dentadura postiza?  
A veces te leo en los periódicos  
lleno de mosquitos proditorios.  
Hace cincuenta largos años  
que estás sobre la tierra.  
Yo, padre, soy yo-padre desde que tú naciste.  
El beso que pongo en tu mejilla  
es el bien común,  
el orden que rodea nuestra cisterna.  
Por este lento avanzar del poemario,  
del poema-río de tu consagración,  
te despega la muerte de la vida  
con paciencia de coleccionista.

\*

No soy una pancarta  
ni un desfile de aguas triunfalistas.  
No luciré jamás la escarapela tricolor;  
no pertenezco a esa estirpe.  
El himno nacional no me conmueve.  
Mármol y bronce de los monumentos patrios  
no son sino mármol y bronce.  
Nunca he ido a la plaza la noche de las celebraciones.  
Definitivamente no soy un buen ciudadano.  
Soy, eso sí, un hombre  
al que se le humedecen los ojos  
cuando le preguntan por su patria.

\*

Tenemos nostalgia de las piedras.  
Nos custodian muros de frentes amplias  
donde se han escrito sentencias ineludibles,  
actas constitutivas, horas de pozo adentro  
con su latir a ciegas.  
Nos custodian la ciudad y su cauda  
procesional de lagrimones de salitre,  
sus herrajes y puertas,  
aire de resplandores en las testas insignes.  
Nos custodian labios denunciatorios  
contra infames costumbres,  
por ejemplo: la exquisita cortesía de ese loco  
que saluda al suicida y su féretro de crisantemos,  
su escandalosa muerte de cianuro.  
Nos custodian la noche y el tramonte  
en su hecho de relámpagos.  
La ciudad nos custodia desde su plaza en armas,  
ahora de pavores y codicias;  
estatuas de crisólitos vigilan este sitio  
y nos preservan de cualquier transparencia.

\*

Abril no es cruel sino prediluviano  
en esta tierra baldía.  
Sobre un cadáver calle abajo  
Eliot sigue viviendo.  
Desde entonces se me han recrudecido  
los dolores y el asma.  
Me gusta ver cómo envejecen,  
cómo se les pringa la piel  
a mis amigos.  
El hielo y el espejo se pudren  
en el vaso prudente,  
plic, plac, plic, plac.  
Se pudren el mesero,  
su día de descanso,  
la ingle con su hernia  
y la chaqueta blanca.  
Un hombre joven, pero ya no tanto,  
viudo de siete meses,  
hace planes  
con la muchacha de avellana y níspero.  
Abajo la discusión prosigue  
ahora con Vallejo, *Trilce*  
y la lingüística.  
Y los amigos envejecen otra vez.  
El cadáver se alarga,  
no acaba de pasar,  
debe ir en el primo trigésimo segundo.  
En nuestra mediedad tan peligrosa,  
medio siglo a la noche, más o menos,  
despreciamos sin tregua  
a los amantes.  
La discusión entre los obcecados,  
una espada en la mesa,  
una espada de luz  
para los descreídos.  
Y la reunión a punto de acabar  
porque son las seis de la tarde  
en el Café de Andrea.  
Arriba en el Hotel

el viudo y la muchacha de avellana  
y níspero.

*El fruto del níspero es pubescente  
de forma apezonada,  
coronado por los sépalos  
y ahuecado en el ápice;  
su carne dura y acerba al principio  
se torna blanda y azucarada  
por la pacificación.*

*Su carne es perfumada y agridulce.*

Ella le mira el hombro,  
la piel de línea dura,  
la manzana de Adán;  
hace' nuevas comparaciones  
y le marca sus dedos en la espalda.

#### LA SEÑAL EN EL MURO

Darse prisa y retomar el rumbo;  
abrir ventanas, repartir el aire,  
como el que dice ¡Dómine!  
y luego frunce el entrecejo  
ante el rumor del salmo.  
Estremecer la ropa al sol  
y entrar de nuevo al patio de araucarias,  
los granos de maíz en el tejado,  
la aguja en el pajar,  
su recóndito brillo,  
el velo de la gracia  
y el rastro del gusano.

El cuervo ciego descifrando signos:  
—Como te llamaste, así te llamarás.

En el agua del pozo  
los cantos primitivos de la ciudad,  
sus cúpulas y arcadas.

\*

Aparte del ciclo pluvial,  
las regaderas y los sanitarios,  
los ruidos más importantes de Fraguas se han ido  
perdiendo.

-Fan - faneto - neto - fan - fan faneto - neto - fan-

¿Qué se hizo la máquina de vapor  
saliendo de su cueva de bisonte?

¿Qué se hizo el rey mi padre y su tren de esmeraldas,  
su cadena de oro, pechera de cobalto,  
la sortija de amor entre los dedos?

No hay ojos para mí,  
melancólico y calvo busco una calle antigua,  
mido la distancia y no es la misma.

¿Qué se hicieron las señales que dejamos,  
el aldabón de hierro y la puerta labrada?

Busco los antiguos lugares comunes:

Un nombre de mujer, la miscelánea verde,  
la cicatriz del muro. Busco a la bella Adriana,  
su cama de latón y el cielo raso;

busco al minotauro ganadero que le abrió las caderas.

¿Qué se hicieron los ruidos de Fraguas?

¿Qué se hizo el yunque de diamante de mi padre  
y su tren de esmeraldas?

\*

No quedó nada,  
sólo el desierto;  
Teotihuacan, Fraguas, Caldas, Asterópolis,  
con sus rostros de aljibe.

Derruido el zigurat, trunca la pirámide,  
el campanario en ruinas.

Sólo el silencio altivo.

¡Patrias de la misericordia  
apiádense de Fraguas!

Debo olvidar la crónica,  
los días rutilantes,

la procesión de palmas.

Olvidar la ciudad llameante de automóviles y anuncios.

No se hable más de los altos palomares  
ni los apiarios rojos en el valle.  
(Entonces las uvas y su dulzor, de agosto.)  
Olvidar la historia y los ojos;  
dejar la ciudad como el perro rabioso  
que rompe con sus clases de obediencia.

\*

Y abres los ojos con espanto.  
Vienes del sueño a la ferocidad del sol.  
Abres los ojos al horror de esta mañana.  
Si naciste en Fraguas, la de calles perdidas,  
la de sordas campanas  
eres hijo de mi padre.  
Dejaste, dejamos, la humedad de terciopelo,  
la caverna tibia,  
un ataúd de lunas tendido en las baldosas.  
Las piedras a pleno sol, el farallón de Fraguas.  
Olvídate del sueño y su festín de plumas,  
reposante en su himen de giganta  
y sus labios de arena.  
Deje ruidos de puertas, contraseñas, pasajes,  
la terminal en bruma, el ómnibus cansado.  
El caballo viajero se desnudó en la cuadra  
en busca de su yegua.  
Si naciste en Fraguas  
olvídate de todo.  
Fraguas es una hoja en blanco,  
la memoria no existe.



*Víctor Sandoval*, Material de Lectura, núm. 114, de la Coordinación de Difusión Cultural de la UNAM.

La edición estuvo al cuidado de Julieta Arteaga.